

Y LLEGÓ LA BARBARIE

Nacionalismo y juegos de poder
en la destrucción de Yugoslavia

JOSÉ ÁNGEL RUIZ JIMÉNEZ



Ariel

Y LLEGÓ LA BARBARIE

Nacionalismo y juegos de poder
en la destrucción de Yugoslavia

JOSÉ ÁNGEL RUIZ JIMÉNEZ

Ariel

1.ª edición: marzo de 2016

© 2016, José Ángel Ruiz Jiménez
© 2016, de los mapas: Carles Salom

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Derechos exclusivos de edición en español
para todo el mundo:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2317-6

Depósito legal: B. 1.111 - 2016

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

<i>Introducción</i>	9
CAPÍTULO 1	
Nacionalismo y revisionismo histórico, o el arte de sembrar vientos	21
CAPÍTULO 2	
Jugando con fuego en un ajedrez de ambiciones	81
CAPÍTULO 3	
El descenso a la barbarie en Bosnia y Herzegovina.	139
CAPÍTULO 4	
La mano amiga de las potencias extranjeras	177
CAPÍTULO 5	
Pax Americana	219
CAPÍTULO 6	
Kosovo, el principio del fin	269

CAPÍTULO 7

¿Luchamos para esto? Las nuevas Croacia, BiH y Serbia.	331
Análisis, reflexiones y conclusiones	377
<i>Agradecimientos</i>	435

Capítulo 1

Nacionalismo y revisionismo histórico, o el arte de sembrar vientos

Cuvajte bratstvo i jedinstvo kao zjenicu oka svoga
(Cuidad la hermandad y la Unidad como a
la pupila de vuestros ojos).

MARISCAL JOSIP BROZ, TITO

ORÍGENES Y SENTIDO DE LA IDEA DE YUGOSLAVIA

El proyecto de creación de Yugoslavia encuentra su origen en el siglo XIX, teniendo múltiples raíces y razones de ser. En esencia, consistía en reunir a todos los eslavos del sur bajo un Estado donde pudieran vivir juntos, asegurar su independencia combinando fuerzas contra sus enemigos, hablar su lengua, cantar sus canciones y celebrar sus festividades. La iniciativa fue compartida por numerosos serbios, eslovenos y croatas atraídos por la idea de liberarse tanto de las potencias centroeuropeas como del Imperio turco otomano, quienes los habían sometido durante siglos. De este modo, Yugoslavia simbolizaba la posibilidad de obtener unos espacios de libertad y seguridad que los pueblos de la región no habían disfrutado más que en lejanos y, a veces, difusos episodios de la historia medieval. En esencia, se trataba de hacer frente a las opresiones sufridas históricamente por los

pueblos eslavos del sur. Como era de esperar, la referencia ideológica sobre la que se cimentó aquel proyecto fueron las ideas de soberanía nacional y el modelo de Estado-nación liberal que habían ido imponiéndose progresivamente en Europa desde la Revolución Francesa. Estas dominaban indiscutiblemente los discursos políticos del momento y simbolizaban la modernidad, el progreso y el éxito.

Los primeros impulsores de la idea se encontraban sobre todo en un sector de la intelectualidad sudbalcánica, mayormente croata y eslovena, que consideraba tan importantes las dimensiones culturales, sobre todo las de unificación lingüística, como las estrictamente políticas. En sus albores, el movimiento se denominó *ilirismo*, término que remitía a la provincia romana Iliria y a la efímera agrupación de provincias establecida en ella bajo el dominio de Napoleón, entre 1809 y 1813, a expensas de Austria y Venecia. Bajo el dominio austrohúngaro, la identidad eslovena se había visto amenazada por la germanización, y la croata por la magiarización. Estas no habían podido constituir sus respectivos Estados independientes en el siglo XIX, mientras que Serbia solo lo obtuvo en 1878. La unificación de los pueblos eslavos era, pues, su medio para poder afirmar su identidad, libertad e independencia. Dicho de otro modo, la resistencia a las opresiones extranjeras fue un ingrediente esencial de la cohesión yugoslava.

En principio, se tuvo como objetivo reunir a los eslavos dominados por el Imperio austrohúngaro (croatas, eslovenos, serbios de Vojvodina y cristianos de Bosnia-Herzegovina), con un posible estatuto de autonomía. Así, por ejemplo, en 1906 una coalición de fuerzas serbocroatas ganó las elecciones en la provincia austrohúngara de Croacia-Eslavonia bajo la bandera de la *narodno jedinstvo* (unidad nacional). Esta sostenía la idea de que serbios, croatas, eslovenos y el resto de eslavos del sur eran una sola nación bajo nombres distintos, algo sobre lo que escribieron profusamente personajes tan destacados en la vida pública como Svetozar

Privicević.¹ Sin embargo, el prestigio político y económico del recientemente independizado Reino de Serbia dio fuerza a una idea mucho más ambiciosa: la unión de los eslavos del sur en un mismo Estado. La Primera Guerra Mundial provocó el hundimiento de los Imperios otomano y austrohúngaro, que dominaban la Europa Central y Balcánica. Este hecho permitió que al acabar el conflicto se constituyese, con el favor de las grandes potencias, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos.² Este nuevo Estado permitió a los serbios de Bosnia-Herzegovina (BiH) reunirse al fin con sus compatriotas. Lo mismo sucedió a aquellos serbios que, huyendo del dominio otomano, habían colonizado la fronteriza región de Krajina del Imperio austrohúngaro en el siglo XVIII a cambio de protegerla con las armas en caso de invasión (Samary, 1993, pp. 37-38).

Respecto a Serbia, el hecho de que apostara con determinación por Yugoslavia respondía principalmente a cuatro motivos. Primero, la posibilidad de pertenecer a un nuevo Estado de mayor tamaño e influencia en un momento de tensiones y movilidad de fronteras que recomendaba hacerse fuerte. Segundo, a la idea de integrar naciones hermanas, dolorosamente separadas por siglos de dominación extranjera. Tercero, a la ventaja que suponía el hecho de que su población fuera la mayoritaria y su rey la cabeza visible del nuevo Estado. Respecto al cuarto, no hay duda de que tenía más peso que los anteriores: la población serbia estaba presente en forma de significativas minorías por Croacia, Montenegro y BiH. No en vano, en palabras de Nikola Pašić: «Los serbios son una nación pequeña, pero no existe otra

1. El serbocroata Privicević, distinguido intelectual y líder del Partido Demócrata Independiente, que llegó a unir su formación política con el Partido Campesino Croata, el más importante de esta nación, convencido de que había que unir todas las fuerzas patrióticas *yugoslavas* para liberarse del centralismo de Budapest y Viena. Murió en el exilio en septiembre de 1936.

2. El Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos se fundó el 1 de diciembre de 1918. Su nueva denominación, Reino de Yugoslavia, se estableció el 3 de octubre de 1929.

más grande entre Constantinopla y Viena». De este modo, para Serbia, el proyecto yugoslavo suponía más un medio de reunificación nacional que de convivencia con naciones hermanas o de dominio imperialista de pueblos vecinos, algo de lo que se le acusa con frecuencia.

Por todo lo anterior, Serbia es el pueblo balcánico que tiene una relación más estrecha y emotiva con la idea de reunir a todos los eslavos del sur en un Estado común. Además, desde un punto de vista histórico y en perspectiva, tal proyecto tenía mucho sentido y oportunidad. De un lado, porque la primera Yugoslavia, la monárquica (1918-1941), surgió como contrapartida al fin de los imperios europeos (austrohúngaro, alemán, ruso y otomano) y, por tanto, como símbolo del derecho de autodeterminación de los pueblos enarbolado por los vencedores de la Primera Guerra Mundial. De otro lado, porque cuando los pueblos del Sudeste europeo fueron más nacionalistas, los serbios venían de su mayor esplendor nacional tras el reinado de la dinastía Karadžević, sus éxitos en las Guerras Balcánicas (1912-1913) y la participación en el bando vencedor durante la Gran Guerra.³ La consiguiente imagen expansionista serbia, fruto de aquella coyuntura, continuó durante la Yugoslavia socialista (1945-1992) y pervive todavía hoy en el imaginario balcánico. No en vano, Slobodan Milošević, en noviembre de 1984, decía en la XXVIII sesión de la Liga Comunista de Serbia (SKS): «Nosotros los comunistas de Serbia debemos liberarnos del complejo de unitaristas... Se nos obliga a lavar una suciedad que no nos pertenece y de man-

3. La reestructuración del mapa europeo en 1918 supuso, entre otros cambios fronterizos, que Eslovenia, Croacia y BiH, integradas en el Imperio austrohúngaro al empezar la Primera Guerra Mundial, pasaran a depender de la corona serbia. De este modo, se pretendía unir a los pueblos eslavos del sur de Europa evocando el derecho de autodeterminación de los pueblos en el que tanto insistió Woodrow Wilson, árbitro principal en los acuerdos de paz que siguieron a la Gran Guerra. Además, se creaba un Estado que contribuía al cordón sanitario que separaba la Europa liberal capitalista de la emergente Unión Soviética.

tenernos aparte cuando se trata de la unidad del Estado yugoslavo».

Aquella primera Yugoslavia consideraba a los montenegrinos como serbios —deponiendo a su rey, Nikola, simbolizaron su pérdida de entidad propia—, y a los albaneses, macedonios y musulmanes como minorías integradas en el conjunto, sin entidad para ser considerados pueblos constitutivos. Lo cierto es que el centralismo monárquico serbio causó no pocas tensiones, pues sobre todo croatas y eslovenos tuvieron muchos motivos para percibir que sus esfuerzos por librarse del yugo germano-magiar solo habían desembocado en su sometimiento a la corona serbia. Aquellos resentimientos estallarían en la Segunda Guerra Mundial con cruentas consecuencias: Croacia se escindiría de Yugoslavia y ampliaría fronteras a costa de BiH, convirtiéndose en un Estado fascista bajo el régimen *ustasa*, hermanado con la Alemania nazi y que llevó a cabo su propia solución final contra la minoría serbia dentro de sus fronteras. Por su parte, el resto del país quedó ocupado militarmente por alemanes e italianos, que encontraron una feroz resistencia local tanto en los *četnici* serbios, fieles a su monarca en el exilio y comandados por Dragoljub Mihailović, como en el movimiento partisano comunista, liderado por Josip Broz, conocido como Tito.⁴

Una vez expulsadas las tropas alemanas y derrotados los *ustase* y los *četnici* por los partisanos, Tito se convirtió en el incuestionable hombre fuerte del país. El nuevo líder demostró haber aprendido de los errores de la monarquía, mostrándose consciente de que el proyecto yugoslavo solo sobreviviría mediante la genuina hermandad entre las diver-

4. Sobre el origen de este alias, se encuentra el emperador romano Tito, la referencia a su vocación de mando —«Ti, to», o sea «Tú, esto», en serbocroata—, y el que fuera uno de los más conocidos entre los muchos nombres falsos que utilizó en la clandestinidad como miembro de Partido Comunista de Yugoslavia durante la monarquía (entre otros, Friedrich Walter, Giricek, Spiridon Mekas y John Alexander Carlson).

sas naciones presentes en el Estado. De ahí el interés por potenciar la identidad yugoslava como un sentimiento de afinidad compatible y superior con el sentido de pertenencia a sus repúblicas, nacionalidades históricas y confesiones religiosas. De hecho, el lema de la Yugoslavia socialista que pretendía acoger a todos era precisamente *Bratstvo i Jedinstvo* (*Hermandad y Unidad*).

EL DISEÑO INSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA FEDERAL SOCIALISTA DE YUGOSLAVIA

Para crear un nuevo marco de convivencia y contentar a las identidades nacionales, lógicamente insatisfechas tras el centralismo característico de la primera Yugoslavia, y a flor de piel debido a las cruentas luchas fratricidas habidas durante la Segunda Guerra Mundial, el proyecto federal y socialista de Tito descentralizó el Estado, dividiendo el territorio en seis repúblicas y dos provincias autónomas. Respecto a las repúblicas, a Serbia, Croacia y Eslovenia, se les unió Macedonia, que tenía su propia lengua y una identidad nacional abrumadoramente mayoritaria en su territorio,⁵ así como Montenegro, independiente entre 1878 y 1918 y que tenía identidad propia, si bien muy hermanada con Serbia, y BiH, mosaico de musulmanes, serbios, croatas y judíos. Las provincias autónomas eran Vojvodina i Kosovo i Metohija.

Fue así como Yugoslavia se estructuró a partir de sus pueblos, naciones y minorías. Los pueblos eran aquellos constitutivos y fundadores de la Federación, siendo las repúblicas su territorio nacional. Este era el caso de los eslovenos, croatas, serbios, macedonios y montenegrinos. Cada

5. Entre 1912 y 1941, se la denominó Serbia del Sur y hubo intentos de asimilación forzosa de la población macedonia a la identidad Serbia. Curiosamente, los búlgaros también los consideraban parte de su nación y pensaban que su lugar natural debía ser Bulgaria.

uno de ellos contaba con su propio Parlamento y amplios poderes autonómicos, en una maniobra diseñada expresamente para espantar los fantasmas del centralismo que tanto daño habían causado al país durante la etapa monárquica.

El estatus de minoría se reservaba a los húngaros y checos de la Vojvodina, los albaneses de Serbia, Macedonia, Kosovo y Montenegro, y los italianos de Istria. Estos, si bien su identidad nacional estaba claramente diferenciada del resto, contaban en todos los casos con sus Estados-nación fuera de Yugoslavia, de modo que no se consideraba la posibilidad de que se les otorgara la condición de pueblos ni constituyeran sus propias repúblicas. De cualquier modo, los albaneses de Kosovo, considerados minoría dentro de Serbia, reivindicaban repetidamente el estatus de república para su provincia autónoma.

El equilibrio entre naciones y repúblicas se completaba con la estructura del gobierno federal, compuesto por un Primer Ministro —cargo que ocupó Tito de forma prácticamente vitalicia— y un gobierno colegiado, el Consejo de las Repúblicas y Provincias, de ocho miembros, que eran los representantes de las seis repúblicas constitutivas y las dos provincias autónomas. El cargo de presidente del gobierno se renovaba anualmente, ocupándose por cada uno de los representantes de las distintas repúblicas en el Consejo en un estricto sistema rotatorio.

Ciertamente, la Constitución de la República Federal Socialista de Yugoslavia (RFSY) presentaba una división territorial compleja.⁶ La República Socialista de Serbia contenía las dos provincias autónomas (Vojvodina y Kosovo i Metohija) y, por tanto tenía una división territorial interna que no se daba en el resto. Como consecuencia de esta división

6. Hubo cuatro Constituciones en la RFSY, en 1946, 1953, 1963 —enmendada en 1968— y 1974, si bien la estructura territorial y de gobierno se mantuvo en todas ellas.

federal, casi la mitad de los serbios vivían fuera de la República Socialista de Serbia.⁷ Mientras tanto, BiH obtuvo reconocimiento como república pese a no tener una identidad nacional propia y diferenciada, ni una lengua distinta, ni haber constituido jamás un Estado, más allá de reinos medievales con los que ninguno de los grupos nacionales podía identificarse en el siglo xx. La región se caracterizaba porque casi en cada pueblo convivían serbios, croatas y musulmanes, en proporción variable y sin que ninguno de ellos fuese abrumadoramente mayoritario en el conjunto del territorio. En lugar de integrarla en Serbia o dividirla entre esta república y Croacia, Tito entendió que creaba una Yugoslavia en miniatura, un lugar que demostraría el éxito de su política de hermandad y unidad a la vez que otorgaba un ambiguo sentido de reconocimiento a la minoría musulmana. Esta solo sería mayoritaria en BiH al superar numéricamente a los serbios a finales de la década de 1960. De hecho, no sería hasta el censo de 1971 cuando la nacionalidad musulmana se incluiría como opción junto a la serbia y la croata. De este modo, Tito se esforzó en cultivar una población leal, agradecida y yugoslavista. Ciertamente, tras las guerras de los 90, fue la comunidad que más ha añorado y simpatizado con los viejos tiempos y con la propia figura de Tito.

Lo cierto es que los nacionalistas serbios y croatas juzgaron que se estaba creando un engendro sin sentido y nunca dejaron de reivindicar como propias buena parte de las tierras de BiH, cuyos habitantes musulmanes, según su criterio, tenían que haberse integrado como minorías en el interior de sus repúblicas, cuyos límites territoriales deberían ampliarse consecuentemente. De aquella tensión soterrada brotarían funestas consecuencias entre 1992 y 1995.

7. Vojvodina se estableció en deferencia a la minoría húngara, mientras Kosovo i Metohija, también conocida como Kosmet, en consideración a la albanesa.

LA DESCENTRALIZACIÓN SIN DEMOCRACIA, SEMILLA DE LA REVITALIZACIÓN NACIONALISTA

Todo el celo con el que el modelo yugoslavo luchó contra el nacionalismo en lo ideológico, careció al final de sentido a causa del diseño institucional, que fue derivando progresivamente hacia lo que Fransco Veiga llama *descentralización sin democracia*. Esta invitaba tanto a las clases dirigentes como a los ciudadanos de cada república a actuar según sus respectivos intereses debido a que el sistema, de forma implícita, disuadía a las repúblicas de implicarse políticamente en el proyecto yugoslavo. Se otorgaron a cada uno de los grupos nacionales derechos de intervención total en el proceso de toma de decisiones a nivel federal, pero como colectivo, en vez de como individuos libres, pues se acordó que la soberanía no recayera en los ciudadanos sino en la *clase trabajadora* de cada una de las repúblicas. Además, se aplicó un régimen de paridad entre las repúblicas para la composición de todos los órganos políticos de la federación y se aplicó un complejo modelo económico y laboral denominado *autogestionario*, tan atractivo por la amplia participación obrera en la gestión como poco práctico a largo plazo.

Sin embargo, lo que más contribuyó a la disgregación del país fue aquel modelo de descentralización sin democracia que terminó siendo una bomba relojería de inimaginable capacidad destructiva. La ley posibilitaba que los representantes de cualquier grupo nacional tuvieran derecho de veto en el Consejo de Repúblicas y Provincias, especialmente en lo que se refería a medidas económicas. Además, se transfirieron a las repúblicas las competencias de educación, el sistema judicial y la policía. El sistema fue sorteando sus contradicciones sobre todo por el cuidadoso juego de equilibrios mantenido por Tito y sus compañeros de generación, tan conscientes de los peligros del nacionalismo. Hasta mediados de los años 60, figuras como Alek-

sandar Ranković,⁸ Milovan Đilas⁹ y Edvard Kardelj¹⁰ dieron gran equilibrio y solidez al régimen. Sin embargo, progresiva e inevitablemente, apareció una nueva hornada de líderes que habían crecido en aquella dictadura comunista caracterizada por la descentralización del poder y la ausencia de democracia. Mucho más pragmáticos que sus predecesores, fueron limando aún más los poderes federales en beneficio de los de cada república, de modo que pudieran gobernar con cada vez menos *intromisiones* desde Belgrado. En palabras de Francisco Veiga:

La descentralización permitía que los líderes políticos locales, los gestores y con ellos buena parte del funcionariado y las nuevas clases medias locales, se beneficiaran del reparto del pastel regional. Y con la imparable burocratización e industrialización del Estado, ese estrato era cada vez más amplio. Así, los 200.000 empleados «de cuello blanco» de antes de la guerra se convirtieron en 600.000 inmediatamente después de la contienda, con el advenimiento del régimen co-

8. Aleksandar Ranković, apodado *Leka*, fue ministro del Interior, presidente de la OZNA (agencia de seguridad) y de la UDBA (policía secreta). Luchó en las filas partisanas y fue el rostro más reconocible de la represión titista. Se caracterizó por su compromiso con la unidad de Yugoslavia y contra las políticas descentralizadoras, que veía como amenaza para la nación serbia a la que pertenecía. Se le recuerda sobre todo por su política de mano dura en Kosovo. Solo dos años después de su caída en desgracia en 1966, e influenciados por el mayo francés, el nacionalismo esloveno y sobre todo croata iniciarían su despegue.

9. El montenegrino Đilas fue un destacado compañero de Tito en la guerrilla partisana, luego vicepresidente de Yugoslavia y presidente de la Asamblea Nacional. Muchos pensaban que sería el sucesor del Mariscal, pero sus críticas a la burocracia comunista y al Partido, al que en obras como *La nueva clase* (1957) acusaba de estar creando una élite que se atribuía privilegios inaceptables, le llevaron a pasar diez años en la cárcel y al ostracismo de la vida pública. Luego sería igualmente crítico con el creciente nacionalismo, que a su vez marginó por completo su voz.

10. El esloveno Edvard Kardelj, destacado comandante partisano, fue el gran ideólogo de la Yugoslavia socialista, siendo el principal impulsor de la ruptura con la URSS en 1948, así como el arquitecto de la gran aportación ideológica de la RFSY —el socialismo autogestionario— y de su mayor éxito en relaciones internacionales —el Movimiento de Países no Alineados—.

munista. Pero en 1970, la burocratización del Estado había hecho crecer ese sector hasta englobar 1.500.000 empleados. Aún más significativo fue el crecimiento de la élite de funcionarios explícitamente políticos, que en 1952 se calculaba en 52.000 individuos y en los años 60 contabilizaba 93.000. Sin embargo, a lo largo de la década siguiente, con el proceso de descentralización el contingente de élites políticas subió en 100.000 nuevos miembros... [La Constitución de 1974] no hizo más que admitir de iure algo que ya existía de facto, unas repúblicas dirigidas por unas oligarquías políticas apoyadas por unas clientelas muy amplias: de gestores económicos, de funcionarios administrativos, de profesionales dependientes de las estructuras políticas y económicas locales e incluso de intelectuales (Veiga, 2002, p. 296).

En esencia, se entró en un círculo vicioso en el que las repúblicas exigían cada vez más competencias al gobierno federal, de modo que si este se negaba a otorgarlas, se fomentaba un discurso victimista y de desafección al Estado yugoslavo, al que se acusaba de déspota y centralista. En caso de concederse las competencias exigidas, las repúblicas se encontraban en una posición más fuerte para continuar demandando más y más poder, mientras el Estado federal se iba adelgazando y debilitando progresivamente en una confrontación que solo podía tener su último capítulo cuando ya no quedara nada que transferir, o sea, cuando se obtuviera la independencia absoluta. En el proceso, cualquier éxito se consideraba mérito propio, mientras los fracasos eran culpa de Belgrado, de cualquier otra república, o del modelo federal o gobierno del gobierno central. En otras palabras, las partes fueron socavando al todo hasta hacerlo desaparecer. Un claro ejemplo de lo anterior es que las repúblicas, en la Constitución de 1974, ya habían logrado el derecho a la secesión en un delirante y contradictorio compromiso que, en el mismo texto, contentaba a los centralistas al otorgar al ejército el deber de garantizar la unidad de la RFSY. Esta fue la lógica presente en las diversas reformas constitucionales

que fueron transfiriendo progresivamente más competencias del gobierno federal a las repúblicas, de modo que el poder central era sumamente débil cuando se iniciaron los procesos secesionistas de Eslovenia y Croacia en 1991. En realidad, más allá del Ejército Popular Yugoslavo (JNA),¹¹ la representación internacional y la emisión de una moneda única, competencias que correspondían a la federación, poco quedaba entonces del Estado central, pues incluso el Partido Comunista de Yugoslavia había sido presa de la desmembración en aras de promocionar la diversidad. En una fecha tan temprana como 1952, fue sustituido por la llamada Liga de los Comunistas Yugoslavos, compuesta por el Partido Comunista de cada una de las repúblicas, siendo estos los únicos legales en el país hasta 1990. Tito ejerció la presidencia vitalicia del partido sin discusión ni oposición de ningún tipo, dotándolo así de estabilidad.¹² Su figura se identificaba tanto con la del Estado que su retrato tenían tanto simbolismo como la bandera y el auténtico himno nacional no era para la gente el que sonaba en los eventos oficiales, sino *Druze Tito, mi si te kunemo* (Camarada Tito, te juramos). No obstante, la muerte del viejo mariscal evidenció y aceleró las naturales diferencias entre estos seis organismos, que el tiempo y las ambiciones de sus líderes harían aparecer inevitablemente.

11. Siglas de Jugoslovenska Narodna Armija.

12. Una vez asentado en el poder, Tito mantuvo un estilo de vida señorial, con gusto por las joyas y la ostentación. Siempre lucía un anillo de diamantes y le gustaba mostrarse con uniformes blancos ornamentados con bordados de oro, que hoy se exhiben en su mausoleo de la Casa de las Flores. Además, se desplazaba en lujosos automóviles occidentales y se retiraba con frecuencia a la isla de Brijuni (Brioni), organizada para su exclusivo solaz, a la que pobló de numerosos animales exóticos y en la que recibió a numerosos jefes de Estado y estrellas de cine. Al respecto, su excompañero, estrecho colaborador y luego crítico Milovan Đilas consideraba que Tito había acabado por apegarse a la tradición y rituales monárquicos y a los conceptos tradicionales del poder. Varias ciudades e innumerables plazas y calles fueron renombradas en su nombre por todo el país, siendo frecuente que aún conserven esa denominación en la actualidad.

La propia inercia del sistema incitó a los líderes políticos a sentirse más atraídos por el gobierno de su república que por el federal, porque ello significaba acopiar más poder e influencia. Se institucionalizó así que cada grupo nacional, liderado por sus representantes políticos, pudiera gobernar a los *suyos* dentro de su república, de espaldas a la federación. A la progresiva ausencia de controles federales de peso se unía la de partidos políticos de oposición y prensa independiente, de modo que aquellos poderes regionales tenían un enorme margen de maniobra que no desaprovecharon para beneficiar sus intereses y los de sus acólitos, incluso mediante métodos ilegales, apaños y trapicheos que ellos mismos se encargaban de enterrar bajo la alfombra. La pertenencia al partido y el cultivo de relaciones personales se convirtió en el medio más sencillo para medrar, popularizándose informalmente el término VIP, de uso común en inglés para designar a *personas muy importantes*, pero que no sin cierta sorna tenía su equivalente local en *veza y protekzia* (contactos y protección). En realidad, en lugar de advertir la deriva que prometían los peligrosos desequilibrios del modelo, Tito pareció optar por beneficiarse de ellos, pues lo convertían en un elemento cohesionador imprescindible, en el bondadoso *padre de la nación*, en la única figura lo suficientemente carismática y respetada como para garantizar el orden mediante la imposición de su indiscutible voluntad sobre todas las cuestiones de gobierno.

No debe sorprender, por tanto, que Dragoljub Stojiljković hable de *feudalización* de los ocho centros de poder político en los que fueron asentándose cada vez más privilegios y funciones de gobierno, consolidando lo que llama *clases estatales-nacionales* (Stojiljković, 2005, p. 151). Aquello sucedía, además, en un régimen de aparente partido único, pero que también se había descentralizado. Así, cada vez se identificaba más al gobierno con la propia república y menos con la federación, y no solo desde un punto de vista administrativo sino étnico y nacional.

La fiebre descentralizadora alcanzó a prácticamente todos los niveles administrativos. Por ejemplo, incluso en las universidades, primero el rector y luego los decanos fueron perdiendo poder, que fue transfiriéndose a los departamentos. En un país sin hábitos democráticos, tales procesos supusieron más nepotismo, no una gestión mejor y más cercana a los problemas. Sobre todo tras la desaparición de Tito, la nueva generación de barones autonómicos fue asentando su poder sobre una red de clientelismos políticos, favores y padrinzgos, que devino casi en una situación que recordaba los reinos de taifas:

Hacia mediados de los 80 cada república aplicaba sus propias reglas económicas sin apenas coordinarse con las demás. Eso suponía, por ejemplo, la aplicación de barreras a la importación o exportación de productos con respecto a las otras repúblicas, dado que podía perjudicar la producción o los precios propios. En consecuencia, la economía federal caía en picado. ... el nivel de vida había caído en un 40% desde 1979 y el 15% de la población estaba en paro. La inflación era...era del 62%... Yugoslavia debió aceptar el control financiero del FMI (Veiga, 2002, p. 62).

En aquellos años, todas las repúblicas afirmaban salir perdiendo con su pertenencia a Yugoslavia: los más desarrollados, como Eslovenia y Croacia, por tener que compartir su menguante riqueza con otras repúblicas, y los más empobrecidos, como Kosovo, por tener un nivel de vida muy inferior a la media del país siendo ciudadanos de un mismo Estado. La situación se agravó hasta volverse potencialmente explosiva al aderezarse con discursos en los que se enfatizaba que cada república era una nación, creando barreras entre un *ellos* y *nosotros* dentro de las mismas fronteras. Cuando los desequilibrios del modelo anunciaron sus evidentes peligros e insostenibilidad a consecuencia de la crisis del petróleo de 1973, la Liga de los Comunistas Serbios publicó una serie de propuestas en el denominado *Libro Azul*. El docu-

mento planteaba varias medidas orientadas a contrarrestar la descoordinación y dificultades causadas por la descentralización, acentuando la importancia de superar los problemas comunes. Los barones locales lo ignoraron completamente, pues implicaba ceder al gobierno central parte de las competencias que manejaban a su antojo. El que la propuesta llegara de Serbia fue la excusa perfecta para relacionarla con el centralismo del pasado y tacharla de manifestación de las tradicionales ansias hegemónicas de Belgrado. En una clásica maniobra política, se instrumentalizó y desacreditó lo que se percibía como amenaza a los propios privilegios para terminar reforzándolos.

De cualquier modo, el país aún conservó durante décadas una imagen de estabilidad, prosperidad y satisfacción de la ciudadanía casi idílicas. A ello contribuyeron tanto el poder y prestigio de Tito como la naturaleza represiva del régimen. La expulsión, encarcelamiento o incluso eliminación física de políticos disidentes, tanto en el país como en el extranjero, se practicó habitualmente desde el gobierno para garantizar su continuidad. Fueron frecuentes los asesinatos ordenados desde la UDBA¹³ de intelectuales o militares vinculados con el *fascismo croata*. Lo inmisericorde del aparato represivo yugoslavo conoció episodios tan vergonzosos como la expulsión y encarcelamiento de Milovan Đilas, exvicepresidente de Yugoslavia, por criticar la burocratización del poder en su libro *La nueva clase* (1957), en lo que fue uno de los episodios más comentados en la prensa internacional de la época.¹⁴

Por otra parte, la dictadura yugoslava fue en general vista con simpatía desde el exterior gracias a la habilidad

13. La UDBA (Služba Državne Sigurnosti, Administración de Seguridad del Estado en castellano) era el nombre oficial de la policía secreta de Yugoslavia.

14. Sobre la censura y represión a la disidencia incluso entre intelectuales de izquierdas, pueden consultarse más ejemplos, como el de Mihajlo Mihajlov, véase Andreu (2012, pp. 52-54).

con que Tito y sus colaboradores supieron explotar la épica victoria de la Segunda Guerra Mundial, la calidad de vida de la población, el liderazgo al frente del Movimiento de Países No Alineados, la alternativa socialista de *rostro humano* frente al estalinismo soviético, los éxitos deportivos, la apertura al turismo occidental, o la empatía con las corrientes musicales y culturales más novedosas que emergían en el ámbito internacional. Yugoslavia pasó en 25 años de la ruina de 1945, siendo un país atrasado y el de mayor porcentaje de víctimas mortales sobre su población de toda la Segunda Guerra Mundial, a disfrutar educación y sanidad gratuitas y de calidad, pleno empleo, alto crecimiento de la economía, un mes de vacaciones pagadas a los trabajadores, transporte público asequible, un 91 % de alfabetización, una esperanza media de vida de 72 años y una economía orientada al sector público sin ánimo de lucro. Un claro ejemplo del enorme prestigio internacional de que gozaba Tito y, por ende, el país que se había formado bajo su carismática figura, fue su entierro, que supuso el mayor funeral de Estado conocido hasta entonces, con representantes oficiales de los países más variados y de las ideologías más dispares.¹⁵

Sin embargo, bajo esa aparente estabilidad, la crisis económica internacional de los 70 y la debacle del *comunismo real* a finales de los 80 dejaron al descubierto las debilidades del sistema. Las bases sobre las que se había asentado la prosperidad yugoslava habían sido el turismo de las clases medias de Europa occidental, la emigración —que daba salida a los desempleados y suponía una valiosa entrada de remesas de divisas— y los generosos créditos blandos de Estados Unidos. De hecho, la superpotencia norteamericana

15. El sepelio tuvo lugar el 8 de mayo de 1980. Considerando el número de representantes oficiales presentes, fue el mayor entierro de Estado de la historia. Acudieron 4 reyes, 32 presidentes, 6 príncipes, 22 primeros ministros y 47 ministros de Asuntos Exteriores. En total, estuvieron representados 128 de los entonces 154 Estados miembros de la ONU. La agencia de noticias yugoslava Tanjug lo resumió como «La cumbre de la humanidad».

estaba encantada de consolidar aquel país socialista que desafiaba a la URSS y se mantenía fuera de su influencia pese a su posición geográfica y adscripción ideológica. La crisis castigó particularmente a Yugoslavia por su dependencia de factores exógenos. De repente, el país balcánico dejó de recibir turistas y tuvo que acoger a los nuevos desempleados que volvían desde el extranjero, mientras Estados Unidos había dejado de estar en posición de prestar más dinero. Tras sufrir un progresivo e inexorable deterioro de la economía durante la década de los 80, la caída del muro de Berlín supuso el elemento inspirador y catalizador de cambios que se habían cocinado a fuego lento. Fue entonces cuando se explotaron a fondo unas condiciones ya muy favorables para que los líderes de las repúblicas más ricas —Eslovenia y Croacia— decidieran soltar el *lastre* económico que les suponía el resto del país, obtener la independencia política total y unirse al caballo ganador del liberalismo capitalista occidental. Por tanto, había intereses materiales y de poder que llevaron a los líderes políticos croatas y eslovenos a apostar decididamente por la independencia. Sin embargo, no podían esgrimirse en público razones tan prosaicas, de modo que era imprescindible ofrecer a sus ciudadanos y a la comunidad internacional motivos más nobles: romper con el monopartidismo comunista, el discurso del derecho de autodeterminación de los pueblos, y la imagen de que tras Yugoslavia se escondía el sometimiento a Serbia del resto del país. Esta fue, por tanto, señalada como una república que trataba de tiranizar, al igual que en los años de entreguerras, al resto de los yugoslavos, una impresión que las medidas represivas serbias sobre Kosovo en 1989 parecían justificar. Para ello, utilizando además unos medios de comunicación exclusivamente públicos, y por tanto en manos de aquellos mismos dirigentes separatistas, se explotaron los resentimientos del pasado y se mezclaron hábilmente con los descontentos del presente, como veremos a continuación.